

ALGUNAS NOTAS SOBRE LAS RELACIONES ENTRE SARMIENTO Y AVELLANEDA

CARLOS PAÉZ DE LA TORRE (H)¹
cptorre@lagaceta.com.ar

Resumen

Entre Domingo Faustino Sarmiento y Nicolás Avellaneda existió una significativa relación desde fines de la década de 1850 hasta comienzos de la de 1880. El primero lo nombró ministro de su presidencia, y el segundo hizo lo mismo cuando le tocó ser presidente. La grieta entre ambos se abrió en 1879, cuando Avellaneda no lo apoyó ante la jugada de Julio Argentino Roca, y se ahondaría cuando no secundó las ambiciones presidenciales del sanjuanino. Pero se quisieron y admiraron recíprocamente, cada uno a su modo y con las limitaciones y paréntesis que la amistad tiene entre los políticos.

Palabras clave: Avellaneda – Sarmiento – política – relaciones

Abstract

Between Domingo Faustino Sarmiento and Nicolás Avellaneda there was a significant relationship from the end of the 1850s to the beginning of the 1880s. The first named him minister of his presidency, and the second did the same when he was president. The crack between the two was opened in 1879, when Avellaneda did not support him before the playful of Julio Argentino Roca, and would deepen when he did not support the presidential ambitions of the sanjuanino. But they loved and admired each other, each in their own way and with the limitations and parenthesis that friendship has among politicians.

Keywords: Avellaneda – Sarmiento – politics – relationship

¹ Academia Nacional de la Historia de la República Argentina.

Es conocido que Domingo Faustino Sarmiento y Nicolás Avellaneda tuvieron una estrecha relación amistosa, sin perjuicio de cierto distanciamiento posterior. Creo no haber visto tratado ese tema con alguna detención por los estudiosos.

Primero, los marcos de fechas. Sarmiento había nacido en 1811 y Nicolás Avellaneda en 1836; es decir que entre el sanjuanino y el tucumano había 25 años de diferencia, casi el espacio de una generación. Así es que, cuando Avellaneda inicia su vida pública (comienzo que podemos fijar a fines de 1859, cuando asume la redacción de *El Comercio del Plata*), Sarmiento ya ha recorrido un largo camino. Han transcurrido, en efecto, sus grávidos años de exilio en Chile, su viaje por Europa y América, su actuación en las guerras civiles que culminó con la batalla de Caseros. Ya es un famoso periodista, cuyo último desempeño fue la redacción en jefe de *El Nacional*. Ya han aparecido sus grandes libros, *Facundo*, *Argirópolis*, *Recuerdos de Provincia*, *La Campaña en el Ejército Grande*, así como *Educación Popular*, el primer tomo de los *Viajes y Las Ciento y Una*. En cuanto a la función pública, ya ha sido legislador del Estado de Buenos Aires, jefe de Departamento de Escuelas, senador a la Legislatura. Y lo acaban de elegir diputado a la Convención que revisará la Constitución Nacional.

Median, pues, entre los dos, diferencias de trayectoria muy grandes. Uno ya está llegando a la cúspide y el otro recién empieza. No es para nada raro, entonces, que Avellaneda respete y admire francamente a Sarmiento desde el primer momento.

Muchos años después, en su discurso en Tucumán en 1876, cuando la inauguración del ferrocarril, Sarmiento referirá complacido su primer nexo intelectual con Avellaneda. Este, como los estudiantes de la Universidad de Córdoba, pasaba habitualmente sus vacaciones en Caroya, a comienzos de la década de 1850: tiempos del régimen rosista, que en esa provincia encarnaba Manuel López “Quebracho”. Fue en aquellos días de holganza juvenil que cayó en sus manos un ejemplar de *Facundo*. Ese libro, aseguraba Sarmiento, trajo a Avellaneda, “como de un letargo, a la vida real de la patria”.

Pero pasaría bastante tiempo más hasta que se conocieran personalmente. Eso ocurrirá cuando el tucumano ya esté afincado en Buenos Aires, en 1857.

Avellaneda queda deslumbrado. En una larga carta al doctor Benigno Vallejo narra que se le ha acercado “francamente atraído, conquistado por la

irradiación luminosa y vibrante de su genial talento”. Lo consideraba –seguía la misiva, dedicada íntegramente al tema– el único “hombre superior” existente en ese momento en esa ciudad: hombre que más allá de sus “rudezas y exuberancias” había sido capaz de dar su “pensamiento a la época”.

Entendía que antes de Sarmiento, nadie había tenido la capacidad de explicar “la verdadera significación de nuestros fenómenos nacionales”. Pero, desde el *Facundo* ya sabemos, decía Avellaneda, “por qué peleamos, cuales son los elementos enemigos, rivales, que trabajan la vida de nuestra sociedad, y cuáles la política y principios que deben adoptarse para salir del infierno que atravesamos”.

No escatimaba adjetivos. Sarmiento era, a su juicio, el “apóstol de los principios económicos” que modificarían el continente, el “primer propagandista de la educación primaria”, “el primer expositor del régimen federal, como experiencia y como doctrina”.

En materia de historia de las ideas, le llamaban la atención sus opiniones “extrañas, profundas”. Estar con él era recibir siempre instrucción, aunque no siempre lo convenciera. “Discutimos y el egoísta intemperante, orgulloso, que denuncian las crónicas, me escucha... es que el orgulloso, mi querido amigo, sólo resulta funesto para las almas vulgares”, concluye Avellaneda.

Ya se ha cimentado la amistad, cuyas alternativas es posible seguir a través de la correspondencia que intercambian. Avellaneda lo llama “mi maestro” y Sarmiento no tiene inconveniente en reconocerlo como “discípulo”. El sanjuanino frecuenta el estudio del doctor Roque Pérez, al que Avellaneda pertenece, primero como practicante y después como socio. “Es visible el agrado con que conversa y discute conmigo”, narra orgulloso Avellaneda a sus amigos tucumanos. Lo halaga que Sarmiento lo elogie ante Pérez. “El incienso que viene desde lo alto se puede aspirar sin peligro de marearse”, se disculpa.

El lazo se estrechará aun más cuando Avellaneda se convierte en tutor de *Dominguito* Sarmiento. Ha tomado profunda simpatía a este jovencuelo que parece decidido a dejar la vida de diversión y reanudar su carrera universitaria. Avellaneda lo insta a perfeccionarse en latín. Luego, el viaje de Sarmiento a Estados Unidos estimula la correspondencia entre ambos amigos. El tucumano no sólo le cuenta lo que pasa, sino que aporta consejos sensatos. Por ejemplo, le recomienda no enviar a los diarios juicios sobre cuestiones internas de la Argentina. “A la distancia hay peligro de errar, si no en cuanto a la aplicación

de los principios, por lo menos en la apreciación de los partidos y de los hombres”, aconseja.

Poco después se produce la muerte de *Dominguito*, soldado de la Guerra del Paraguay, en el asalto de Curupatí. Le parece a Avellaneda que sería terrible que Sarmiento se entere de la tragedia por los diarios, y se la informa en una patética carta. Esto demuestra la fuerza de la amistad que ya existe entre los dos. Además, Avellaneda habla en las exequias de Dominguito. Es una conmovedora despedida: empieza diciendo que “era una parte de nuestra vida y lo habíamos asociado a nuestros más vivos esfuerzos, creyéndolo prometido a todas las glorias”. Las palabras de Avellaneda tocarán profundamente la sensibilidad del desconsolado padre. Sarmiento le confesará, en una carta, que conservaba el texto del discurso pegado en un libro de Tennyson, y que lo leía de “cuando en cuando, para no olvidar lo que tanto amé”.

Pero son hombres de acción y enjagan pronto sus lágrimas. Avellaneda es el flamante ministro de Gobierno de Adolfo Alsina en la provincia de Buenos Aires y expide su primera “Memoria” de la cartera. Es un vibrante alegato sobre la importancia fundamental de la instrucción pública y expone caminos concretos para potenciarla: la descentralización administrativa, el aumento del Fondo de Escuelas, el estímulo a la participación de los vecindarios, y hasta la sugerencia de una cuota adicional, en los impuestos, para destinarla a este ramo, al modo de los Estados Unidos.

Sarmiento reconoce inmediatamente el valor de la “Memoria” y la hace imprimir en la revista *Ambas Américas*. Escribe a Avellaneda ponderando, en ese trabajo, “méritos que acaso usted mismo no estima bastante”. No dejará —es su estilo— de decir que “algo le debe” Avellaneda en la primera parte; pero no discute la originalidad y fuerza de la exposición. “Con hombres como usted, con exposiciones magistrales como la suya, creo que estamos a la víspera de empezar una nueva época en las ideas del gobierno y en los medios de llevarlas a cabo”. Es un elogio rotundo.

La cuestión presidencial está a punto de resolverse, como se sabe, Sarmiento permanece en los Estados Unidos durante la campaña electoral y la votación. Avellaneda no sólo lo entera de las alternativas, sino que sigue arrimando juiciosos consejos a su “querido, ilustre y antiguo amigo”, como encabeza las misivas.

Lo pone en guardia sobre la cuestión Capital, cuando vence la “ley de compromiso”. Pide que no diga nada sobre el asunto, para no estropear sus chances de ser presidente. Hay que cuidar las palabras. La que viene de lejos se arriesga a “llegar tarde, inoportuna o fría”. Cuando Mitre hace la jugada de ofrecer a Sarmiento la cartera del Interior, otra vez Avellaneda aconseja el no. “No le conviene involucrase, con desprestigio personal, en el marasmo de una administración que concluye”, recomienda. Y Sarmiento lo escucha una vez más.

El 12 de octubre de 1868, Domingo Faustino Sarmiento asume la presidencia de la República, y designa a Nicolás Avellaneda al frente de la cartera de Justicia, Culto e Instrucción Pública. Ha acertado plenamente al darle ese destino. Como dice Paul Groussac, con tal designación no hacía sino evidenciar ese “misterioso instinto adivinatorio que suele ser parte integrante del genio”. No es necesario decir lo que representó aquella gestión ministerial de Avellaneda en la historia espiritual de la Argentina. Es sabido que convirtió a la cartera en un auténtico “ministerio de la cultura nacional”. Sarmiento respetó a su ministro y lo dejó hacer. Hizo más. Fue capaz de ver en Avellaneda al hombre adecuado para sucederlo en la presidencia, a partir de aquella Exposición de Córdoba de 1871, en la que se dice que lo habría “presentado” como candidato.

Apoyó la campaña electoral avellanedista de 1873-74, e inclusive se negó, mientras pudo, a que Avellaneda se considerara en incompatibilidad como ministro y candidato. Se lo recordaría claramente cuando no tuvo más remedio que aceptar la dimisión, en una larga carta (25 de agosto de 1873). Allí Sarmiento reiteraba que siempre le pareció absurda tal incompatibilidad, y que su renuncia, decía “me ha representado privarme de sus buenos servicios en un ramo que es de mis simpatías personales y que usted ha administrado con grande habilidad práctica y con un sentido profundo de su importancia”.

Después de la presidencia, siguen en estrecho contacto. Se escriben. En 1876, Avellaneda lo felicita calurosamente por el “Bosquejo” sobre Vélez Sarsfield. Su carta termina con emoción: “estrecho su mano con la mía bien apretada al corazón. Mi espíritu se incorpora y se dilata cuando, en medio de tantas cosas mediocres o subalternas, vuelvo a encontrar el gran escritor de mi país, que he admirado y amado desde mi primera juventud”.

Van juntos a Tucumán, para la inauguración del ferrocarril, y los dos hablan en la gran fiesta de apertura de la línea. Sarmiento se aloja en la casa del doctor Tiburcio Padilla, que es amigo de Avellaneda desde la infancia.

Es en mayo del año siguiente que la amistad empieza a agrietarse. Sarmiento no está en absoluto de acuerdo con la “conciliación” que impulsa el presidente. En *El Nacional*, sentencia: “Las conciliaciones alrededor del poder público no tienen más resultado que suprimir la voluntad del pueblo para sustituirla por la voluntad de los que mandan”.

Es conocido que la “conciliación”, si problemática desde el vamos, entrará rápidamente en crisis. El primero y fuerte golpe es la muerte del ministro Adolfo Alsina, cuya voz seguía dócilmente el partido gobernante, en diciembre de 1877. El segundo es la cuestión de Corrientes. No está de acuerdo Sarmiento con la forma en que se ha manejado ese turbulento episodio. Avellaneda se ve en la obligación de explicarle detalladamente por qué ha promulgado la ley del Congreso que retira la intervención federal, en vez de mantenerla hasta que se realicen las elecciones. Al despedirse, quiere repetirle que “soy y seré su amigo de siempre. Mi memoria nunca se vuelve hacia el pasado para borrar cariño, consejos y aliento cuando los hube necesitado”.

La explicación revela un par de cosas. En primer lugar, que Avellaneda sentía que su vínculo con Sarmiento había llegado a un punto de fuerte tensión. En segundo que, a pesar de todo, el sanjuanino figuraba entre los hombres con los cuales no quería cortar relaciones.

Eso quedará claro poco después, ese mismo 1878. Cuando comienzan a atribular su presidencia los cada vez mayores desbordes de Carlos Tejedor, el gobernador porteño, Avellaneda pide a Sarmiento que acepte el Ministerio del Interior. Necesita allí una mano fuerte y decidida. Ya está claro que la “conciliación” no funciona, aunque en el gabinete queden restos de ella, en las personas de Lastra y Montes de Oca, quienes pronto dimitirán.

El nuevo ministro quiere mostrar, desde el vamos, que no tendrá contemplaciones, y menos con el revoltoso gobernador de Buenos Aires. En realidad, a él van dirigidas las tonantes circulares que empieza a emitir su cartera. En ellas, recuerda a los gobernadores que son “agentes del gobierno federal para hacer cumplir las leyes electorales” y que no deben publicar comunicaciones de la Casa Rosada sin autorización. Pronto empezará la colisión directa con Tejedor, a causa del nutrido reclutamiento de rifleros que este lleva a cabo.

Sarmiento propone y logra la remisión, al Congreso, de un proyecto de ley que prohíbe la movilización de milicias provinciales.

En una cosa coincide Sarmiento con Tejedor, y en ella ambos se diferencian de Avellaneda. Detestan a Julio Argentino Roca, el delfín de la futura presidencia. En el caso de Sarmiento, la inquina deriva de que él es quien quiere ser candidato. Por eso, en carta a José Posse, llama “pigmeo” al general y le confía sus temores de que en algún momento Avellaneda “me flaquee”, dice, “con sus temperamentos y artimañas”. Y por eso también denigra a Roca en notas confidenciales dirigidas a Avellaneda. Critica los viajes que aquél hace como ministro, o habla pestes de sus oficiales adictos.

Corre setiembre de 1879 cuando estalla en Jujuy la revolución armada que derroca al gobernador Martín Torino. Firma Sarmiento el pedido de intervención a esa provincia, que se eleva al Congreso y que requiere la reposición de las autoridades “legítimas”. No dice autoridades “constituidas”, porque no quiere que vuelva Torino, cuyos electores votarán a Roca en el comicio nacional. Es sabido lo que ocurrirá. El proyecto pasa al Senado pero, en Diputados, mientras Sarmiento está ausente en su isla de Carapachay, se cambia lo de “legítimas” por “constituidas”. Es una jugada de Roca y el ministro del Interior, a su regreso, estallará en cólera. Tira la renuncia y se presenta intempestivamente en el recinto del Congreso, para espetar a los senadores aquel famoso discurso de denuncia a la Liga de gobernadores, donde asegura tener “los puños llenos de verdades”.

Avellaneda aceptará su dimisión y también la que presenta Roca a la cartera de Guerra. En una carta a Sarmiento, deplora que las cosas hayan salido así y le agradece todo lo que, dice, “pudo haber de personal y amistoso en su decisión de aceptar el Ministerio en días tan oscuros”. Este es el momento en que, en la relación de Avellaneda y Sarmiento, se abre la grieta más ancha. Es comprensible. El sanjuanino esperaba del presidente un aval que no se ha producido. No tiene en cuenta que la política es el arte de lo posible, y que ya no era posible, al jefe del Ejecutivo, seguir sosteniendo al ministro del Interior.

A comienzos de 1880, Sarmiento ve que la posibilidad que ha acariciado pudiera, finalmente, hacerse realidad. Podría ser presidente, si Roca da ese paso al costado que anuncia mañosamente a sus amigos. No se da cuenta de que los dichos de Roca son como globos de ensayo, y se prodiga en cartas y embajadas, con el apoyo entusiasta de jóvenes como Aristóbulo del Valle. Por un momento cree que Avellaneda lo apoyará. Roca no responde la franca carta

de Sarmiento y lanza un par de condiciones imposibles: sólo se arreglará con quien le traiga los votos asegurados de Buenos Aires, y luego de consultar con todos sus amigos.

Sarmiento responsabiliza de esto a Avellaneda. Le gira una carta para nada afectuosa y abundante en sarcasmos. “Acaso por haber andado tanto tiempo en trabajos de conciliación y de acercar extremos, ha perdido (usted) la conciencia de los contrastes. Parécele la cosa más natural y generosa que Roca proponga a sus adversarios que proclamen mi candidatura y que entonces se adherirá él. Si tal sucediera ya tendríamos al mirlo blanco, un presidente por aclamación”.

Avellaneda contesta de inmediato. No puede arrancar una respuesta a Roca, pero cree que este debió haber respondido la misiva de Sarmiento en la forma directa en que estaba escrita. No lo hizo, pero no es su culpa. Además, se atreve a decirle: “usted inspira la contradicción. Nada menos. Nada más. Cuando uno se encuentra con un hombre que se da la razón tan francamente y de un modo tan completo, al pobre oyente se le ocurre disentir para salvar su dignidad comprometida”.

Pero, más allá de tales tempestades, Sarmiento es consciente de que Avellaneda representa el orden legal frente a la amenaza subversiva de Tejedor, y lo sustenta públicamente. Bien claro lo dice en el discurso que pronuncia, con uniforme de general, en la bendición de la bandera del 11 de Línea, desde las escalinatas de la Catedral. Deja claro que al único que debe obedecer el Ejército es al presidente. En ese momento faltan pocas semanas para que la elección nacional consagre a Roca y también para que revienten los dramáticos y decisivos acontecimientos posteriores: el retiro del Gobierno Nacional a Belgrano; la movilización de las fuerzas nacionales para enfrentar a Tejedor; las cruentas batallas de las que saldrá asentada la supremacía del gobierno nacional y la ley de capitalización de Buenos Aires.

Termina Avellaneda su presidencia y se inicia el melancólico último lustro de su vida. Su salud se derrumba sin retorno y, a pesar de eso continúa sirviendo al país, en las funciones simultáneas de senador de la Nación y de rector de la Universidad de Buenos Aires. Esa pasión por la cosa pública es otra característica que comparte con Sarmiento. Ambos tienen una inclinación orgánica, que no se detiene ante el contratiempo físico, cuando se trata de ese tema que es núcleo permanente de todas sus preocupaciones.

Ya no hay amistad con Sarmiento. No se cartean ni se visitan. Las misivas que el sanjuanino gira a su amigo José *Pepe* Posse son más que desdeñosas respecto de Avellaneda. “Tartulo”, le llama en un de ellas. “Guárdense de sus agachadas”, dice en otra. Cuando Avellaneda, en 1883, publica *Escuela sin religión*, Sarmiento le responderá con aquella tirada de irónico título que es *La escuela sin la religión de mi mujer*. En ese escrito, junto a los argumentos y las largas transcripciones, abundan los dardos personales lanzados al ex presidente: “opúsculo con caireles”; “espejismo para mentes femeniles”; “habilidad infinita para ocultar una mentira audaz entre cien verdades vulgares”. Con todo, en 1884, en la *Vida de Dominguito*, que empieza a publicar en folletín, habla con afecto de Avellaneda, y lo reconoce como mentor de su hijo.

El 25 de noviembre de 1885, muere Nicolás Avellaneda en el barco que lo trae de regreso, desahuciado por los médicos de París. Sarmiento no hará ningún comentario público. En alguna de las cartas a Posse, habla de Avellaneda como del “ilustre finado”, y subraya lo de “ilustre” para marcar la ironía. Tres años más tarde, como se sabe, se producirá la muerte de Sarmiento, el 11 de setiembre de 1888.

Aun expuesto en gran síntesis y en sus rasgos más gruesos, el material permite apuntar algunas otras conjeturas sobre la relación entre Sarmiento y Avellaneda.

En primer lugar, digamos que durante veinte años, es decir entre el primer contacto de 1857 y el accidentado ministerio de 1878, existió una relación política sólida, que ambos sintieron como valiosa, como fluye de su correspondencia, y que fue más que fructífera para el país. Se expresó en el memorable ministerio de Avellaneda (cuyas realizaciones no hubieran sido posibles de no contar con el respaldo de Sarmiento) y en la campaña electoral que hizo presidente a Avellaneda (y que tampoco hubiera podido desarrollarse exitosamente sin el apoyo de Sarmiento, que llegó, vimos, a rechazar la incompatibilidad ministro-candidato).

No es posible olvidar que en una “confesión a solas” de su diario personal, Avellaneda afirma que Sarmiento presidente estuvo poco enterado de sus iniciativas y realizaciones de ministro. Su apoyo, afirmaría, era sobre todo moral y derivado de su prestigio. Acaso hubiera algo de eso, pero tampoco puede quitarse fuerza a un espaldarazo de esa índole. Si Sarmiento se lo proporcionó, no podemos dudar que los hizo por estar convencido: no era hombre de apoyar

nada en desacuerdo. Y es difícil pensar que, por atareado que estuviera con otros problemas, se le escapase algo que tuviera que ver con la educación.

Su política estaba basada en la confianza: de otro modo, Avellaneda no hubiera llamado a Sarmiento para encargarle nada menos que la cartera política, cuando se iniciaba la etapa más crítica de su presidencia.

Ahora bien, en lo personal, no puede negarse que, además de la relación política, existió durante ese mismo lapso también la amistad. Esa relación tiene, entre los hombres políticos, características especiales y límites inevitables. Un político no puede carecer de “ese lado insensible sin el cual no pueden manejarse los grandes asuntos”, como decía Churchill a propósito de Henry Herbert Asquith.

Pero es innegable que hubo la amistad y que tuvo fuerza y autenticidad. Si bien se nota más en las cartas de Avellaneda que en las de Sarmiento, parece evidente que se debe al respectivo modo de escribir de uno y de otro. El romántico Avellaneda era proclive a exponer efusiones sentimentales, cosa que Sarmiento no practicaba. Creo que a Avellaneda le parecía necesario “decir” sus afecciones, mientras que a Sarmiento le bastaba con saber que estaban allí. Pero nadie puede negar, leyendo esos documentos —muchos publicados y muchos todavía inéditos— que hubo entre ellos una comunicación afectuosa durante muchos años: comunicación que muchas veces no titubeaba en condescender a la confidencia y al rasgo familiar.

No era sencillo ser amigo de Sarmiento, bien se sabe. Extraño sería que así ocurriera con alguien cuya inteligencia estaba enmarcada por sangre y nervios en constante ebullición. Si José Posse pudo serlo toda la vida y sin nube, es posiblemente porque siempre vivieron alejados y en mundos tan distintos como lo eran Buenos Aires y una provincia ubicada a mil doscientos kilómetros de distancia.

Las otras amistades del sanjuanino tuvieron, con mucha frecuencia, sus borrascas y sus cortes. Acaso le pasaba que exigía demasiado de sus amigos; confundía a veces la impotencia de ellos para satisfacer sus requerimientos, con la reticencia a hacerlo. El caso del fastidio de 1880 por la frustración de su candidatura presidencial traduce un poco de lo que decimos. Avellaneda no tenía posibilidad de cambiar las decisiones de Roca (quien, en privado, denigraba las flaquezas de carácter del entonces presidente, y Sarmiento, como sin darse cuenta de eso, le pedía otros resultados.

Más allá de las alianzas políticas y a pesar de ellas, en la intimidad recóndita –esa a la que los historiadores no podemos llegar– Sarmiento y Avellaneda se quisieron y se admiraron, cada uno a su modo y con sus limitaciones.

Era la suya una de esas amistades que parten de una unidad de ideales, como la que Platón presentaba como modelo. Ambos creían en una Argentina potente y pujante, en pie de igualdad con las grandes naciones del mundo. Ambos creían que en la educación escolar y cívica, residía el gran resorte para lograrla. Creían en los maestros; creían en los libros; creían en el poder del espíritu. Ambos eran civilizadores. Ningún presidente de la República tuvo, con su antecesor o con su predecesor, una similitud tan fuerte de ideas en un concreto punto.

Por eso no parece arriesgado pensar que, con sus más y sus menos, enriqueció los espíritus del sanjuanino y del tucumano un sentimiento que estaba lleno de significado. Aquel sentimiento que, como lo resume un bello párrafo de Juan B. Terán, “une dos vidas en una única línea recta y confunde, aun después de la muerte, en el campo de asfodelos como en el poema homérico, las sombras de los amigos”.